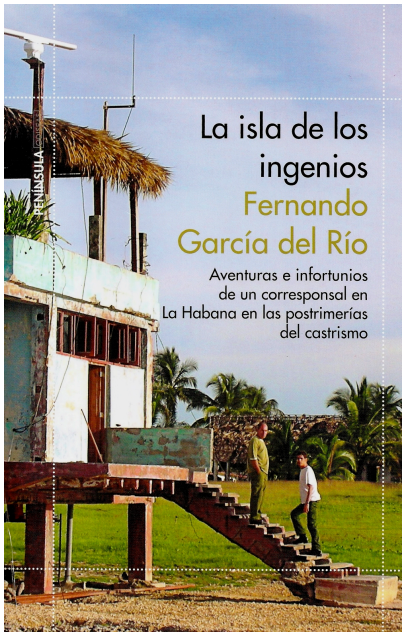

La isla de los ingenios. Aventuras e infortunios de un corresponsal en La Habana en las postrimerías del castrismo

Fernando García del Río
Barcelona: Ediciones península, 2015
335 páginas

Endika Basáñez Barrio
Universidad del País Vasco
España
endika.basanez@ehu.eus

A lo largo del año 2015 diversos autores cubanos de reconocido prestigio literario y gran éxito comercial se han ocupado de rememorar la situación socio-política imperante en la isla desde el triunfo de la revolución socialista de 1959, a través de la publicación de sus últimos trabajos, influidos, con gran probabilidad, por el reciente interés mediático centrado en la isla caribeña tras su vuelta a las relaciones diplomáticas con los Estados Unidos de América. Así, Leonardo Padura (*El hombre que amaba a los perros*, 2009) publica con Verbum *Yo quisiera ser Paul Auster. Ensayos selectos* (Premio Princesa de Asturias de las Letras 2015), donde se ocupa de analizar la impronta socio-económica que el régimen castrista acarreó para los isleños y, particularmente, para los intelectuales. Por su parte, la habanera Zoé Valdés (*Te di la vida entera*, 1996) publica con Stella Maris *La Habana, mon amour*, en la que se encarga de revivir, a través del relato de experiencias personales, su infancia en dicha ciudad (de manera más exacta, en La Habana Vieja, como ella misma se encarga de precisar) al tiempo que describe la llegada al poder del régimen socialista y las consecuencias que tuvo para el país y sus habitantes. Y es que los recuerdos de su edad más temprana se ven indisolublemente acompañados por la llegada del castrismo a la presidencia cubana ya que, anecdóticamente, la autora, que escribe desde su exilio en París, nació en 1959. Otras formas artísticas ajenas al ámbito literario, como el documental, también se han encargado este mismo año de analizar la imagen del comandante cubano en pleno auge de su imagen pública a través del estreno de *Un viaje con Fidel*,

Issn: 2014-1130
vol.º 15 | junio 2017 | 439-442
DOI: https://doi.org/10.5565/rev/mitologias.315
Recibido: 12/03/2016
Aprobado: 30/05/2016

dirigido por el cubano Eduardo Suárez, que ofrece una gran cantidad de metraje, hasta ahora inédito, de la visita de Castro a la sede de las Naciones Unidas de Nueva York en 1979, mientras se disponía a emitir un discurso como presidente de los países no alineados. Pero la situación socio-política cubana no ha sido sólo explorada por autores nacidos en la mayor de las Antillas: el periodista y escritor español Fernando García del Río (Santander, 1962) se ha encargado, también en 2015, de hacer memoria de su particular peregrinaje como corresponsal en la Isla desde 2006 a 2011 para dar origen así a la publicación de su *La isla de los ingenios. Aventuras e infortunios de un corresponsal en La Habana en las postrimerías del castrismo*, nombre de extensión más que notable, pero en el que el lector más sagaz hallará los tres componentes narrativos principales del relato: aventuras e infortunios (particularmente, estos últimos, si bien narrados en clave de humor), la ciudad de la Habana y la política castrista.

La obra, que se halla a medio camino entre la literatura de viajes y la autobiografía, se presenta inicialmente como el periplo de un periodista español enviado por el diario para el que trabaja, *La Vanguardia*, a la capital cubana en noviembre de 2006 con el fin de recoger de primera mano la inminente muerte del comandante debido a una aparente y grave enfermedad (es sabido que toda información relativa a la salud de Fidel fue —y es— secreto de Estado por lo que apenas se detallan las particularidades verídicas de dicha enfermedad y todo se limita a las hipótesis). No obstante, lo que pudiera parecer un relato periodístico al tratarse, precisamente, de un informador que se desplaza al "Nuevo Mundo" en busca de una noticia de altura, pronto va dejándose en un distante segundo plano para adentrarse con detalle en el contacto intercultural que se produce entre el corresponsal español y la cotidianidad del país caribeño, tan pronto como éste aterriza en su destino y pisa suelo habanero. En efecto, el primer capítulo, de un total de quince, alude ya a los efectos que dicho contacto acarrea al periodista a través de un explícito nombre, "La máquina del tiempo", en el que el escritor da buena cuenta de la sensación de haber retrocedido en el tiempo debido a la impresión que le provoca la mera observación del paisaje cubano que va descubriendo en su primer día: "Quien haya viajado a Cuba ya habrá experimentado la impresión de súbito retorno a un pasado del que sólo tenía noción por fotos, películas y libros de historia" (33). Sin embargo, el proceso de retroceso que el escritor apunta se ve intensificado, más si cabe, por su peculiar narración de la idiosincrasia caribeña, lo que da origen a una surrealista cotidianidad con la que el español va topándose irremediablemente en su peregrinaje por la Isla: "Pero la vuelta atrás inspirada por el paisaje no era nada en comparación con el retroceso que el sistema y sus circunstancias me sugerían a cada rato" (34). La descripción de los peculiares hábitos caribeños y los efectos que éstos producen en el desplazado comienzan así a colonizar la mayor parte del contenido de la obra, por lo que la publicación empieza a mostrarse ya, desde sus primeras hojas, más próxima a la disciplina sociológica que a los entresijos de la labor periodística. Precisamente, fiel a dicho análisis sociológico, el periodista se detiene en su ritmo narrativo para relatar con gran detalle la impronta que la política instaurada en la Isla tras el triunfo de la Revolución ha dejado sobre sus habitantes, quienes se han visto

abocados a aplicar todo su ingenio para adaptarse a ésta y, en última instancia, convertirse en "supervivientes" de la misma (y de ahí al nombre del libro que, de forma nada anecdótica, viene precedido de una primera página introductoria con las acepciones lexicográficas del propio lema "ingenio", dada su relevancia en la obra). Lo cierto es que, en gran medida, los preceptos socialistas no sólo han modificado las leyes sobre la propiedad privada o la capacidad de adquisición individual de productos comerciales (de los que el autor también da cuenta), sino que los preceptos políticos dictados por el comandante han modificado también la forma de relacionarse entre los propios cubanos, a través de la instauración tácita de un código antiespía, especialmente al tratar temas que pudieran ser incómodos para los servicios de seguridad del Estado. De esta forma, en el capítulo "Súbeme esa radio, haz el favor" el autor cántabro hipotetiza con perspicacia periodística sobre el porqué en todos los lugares que visita en la Isla, la música puede llegar a ser ciertamente molesta para el tímpano del visitante, ya que, como desvelará *a posteriori*, dicho volumen tiene una razón que se aleja de cualquier problema auditivo del pueblo cubano: evitar que las conversaciones puedan ser interceptadas fácilmente por algún micrófono escondido o algún agente secreto, lo que tiñe a la cotidianidad cubana de un clima pseudobélico constante, fruto de una psicosis colectiva que teme los efectos de la contrariedad política. En palabras del escritor: "En el coche o en casa; en el hotel o en el restaurante, cualquier objeto o hueco insignificante podía contener un micrófono que arruinaría la aventura cubana de todos los interlocutores en la charla así registrada" (51). La ya mencionada psicosis podría así explicar, en palabras del español, "la aparente necesidad de los cubanos de escuchar cualquier tipo de música con el mayor nivel de vatios y decibelios disponible en el aparato reproductor" (51). Con independencia de la dedicación descriptiva de la idiosincrasia caribeña y la psicosis colectiva que presencia en su estancia, el autor también se detiene con detalle en argumentar cómo los antillanos consiguen mantener la isla a flote y evitar así el ahogamiento metafórico de sus sufridos, siempre según García del Río, habitantes: un gran ingenio empleado como forma de supervivencia, que hace de la carencia su virtud. A diferencia de la cultura española, el ingenio en Cuba no se circunscribe exclusivamente a la picaresca, sino que se aplica a todas las parcelas del individuo en su día a día y tanto de forma singular como colectiva. Así pues el periodista se topa en su visita con antiguas lavadoras-secadoras de origen soviético, las populares y pretéritas Aurika 70, que llegan a ser prescritas por los médicos isleños como aparatos de hidromasaje para el tratamiento de lesiones (104); reconvertidas en máquinas de aire acondicionado para afrontar la humedad y el calor antillano (107); o empleadas por agricultores y comerciantes como trituradoras de grandes cantidades de tomate en época de recolección, para obtener el valioso fruto listo para su envase en botellas de cristal (107-8). Pero el ingenio cubano ha ido también adaptándose a los tiempos actuales donde, como es sabido, priman la tecnología y las comunicaciones, por lo que el corresponsal español también describe la evolución de dicho ingenio típicamente cubano en su adaptación a los nuevos tiempos: "Más allá de los apaños con electrodomésticos, son las telecomunicaciones y la automoción los sectores donde la inventiva cubana se

desarrolla con mayor desparpajo y riqueza de soluciones" —para precisar después— "Así lo acreditan las miles de antenas de factura casera que todavía hoy pueblan las terrazas de La Habana. Destacan las parabólicas hechas con sartenes, bandejas de aluminio, sombrillas o paraguas, así como las antenas radiofónicas a base de perchas o agujas de coser [...]" (109). También el sector automovilístico se ha visto desarrollado en la Isla por —-prácticamente solo— el ingenio cubano, haciendo que "miles o tal vez decenas de miles de imponentes cochazos de marcas tan insignes como Buick, Dodge o Chevrolet sobreviven desde los años cincuenta del pasado siglo gracias a un eficaz sistema de trasplantes de piezas extirpadas a robustos ejemplares de Lada, Moskvitch o Volga producidos en la extinta URSS" (110).

En lo referente al registro que García del Río emplea en la génesis del relato, destaca con claridad su propósito de alejarse de toda retórica barroca que, en última instancia, resulte vacía o repetitiva en su contenido para mantenerse directo, explícito y, hasta en alguna ocasión justificada, coloquial con su lector. En efecto, la descripción del periplo por la isla caribeña y el consiguiente choque cultural que se produce entre el corresponsal y su nuevo destino requiere de una comicidad con el lector que evite causar dramatismo ante los acontecimientos relatados y que el autor consigue hallar en dicho registro humorístico para mantener, a su vez, el interés en el devenir de los acontecimientos (y, particularmente, las diversas desventuras del periodista en tierra ajena). El cántabro emplea así el elemento cómico para evitar cualquier tono trágico ante las situaciones de las que es testigo y como método de atracción continuo para el lector, manteniéndose fiel a su ingrediente narrativo principal hasta el final de las páginas, donde consuma el viaje con su deportación de la Isla en 2011 por ciertas desavenencias entre el periodista y el partido comunista cubano (lo que abrirá varios interrogantes en el lector sobre la división de poderes actual en el país caribeño).

La isla de los ingenios es, por tanto, una obra de relevancia actual dada la atención mediática que la Isla ha alcanzado tras retomar las relaciones diplomáticas con su país vecino, escrita con gran sentido del humor y ciertas dosis de ironía explícita que puede resultar de gran interés, tanto para el lector atraído por el rumbo de la política castrista en la actualidad como para aquel que sólo se aproxime a la publicación por el mero ejercicio saludable de la lectura. En ninguno de los dos casos, García del Río defraudará a su público.

Bibliografía

PADURA, Leonardo (2015), *Yo quisiera ser Paul Auster. Ensayos selectos*. Madrid, Verbum.

SUÁREZ, Eduardo (2015), "Un viaje con Fidel", en *Youtube*. <https://www.youtube.com/watch?v=meIqxTc5Ghs> (20/02/2017).

VALDÉS, Zoé (2015), *La Habana, mon amour*. Barcelona, Stella Maris.